



El turismo ante los retos del cambio climático y la sustentabilidad

ENRIQUE LEFF

El cambio climático es el signo más elocuente de la crisis civilizatoria por la que atraviesa la humanidad. Es el resultado de una historia de olvido de la naturaleza: de la arrogancia del ser humano que se otorgó el derecho a dominar y explotar a la naturaleza; de la irracionalidad de una economía que ha socavado sus propias bases de sustentabilidad.

Hoy, finalmente comenzamos a reconocer nuestra deuda histórica con la naturaleza. La conciencia ecológica nos responsabiliza a todos de la degradación ambiental que ha generado la sociedad moderna; nos obliga a internalizar los costos ambientales en el funcionamiento de la economía, a resarcir la deuda ecológica de la humanidad con la naturaleza y con ella misma, a compensar la huella ecológica de los procesos de industrialización basada en la explotación de los recursos fósiles, de la civilización del auto y de una urbanización que ha aplastado a la naturaleza viva bajo sus planchas de concreto. Hoy tenemos que hacernos cargo aún del impacto ecológico causado por nuestro metabolismo como seres vivos, por nuestras condiciones de supervivencia, y el hiper-consumo de la vida moderna.

Con la terciarización de la economía, el turismo ha venido adquiriendo un lugar preponderante en la economía global. Como resultado del desarrollo económico, la economía del ocio ha venido ocupando una parte creciente frente a las actividades agrícolas, extractivas, industriales y financieras. La liberación del tiempo libre y los derechos del trabajador al descanso y al ocio; la mayor longevidad de las personas luego de la jubilación; y el gasto en actividades recreativas de los grupos sociales mejor acomodados, ha generado una demanda de servicios turísticos orientada hacia la creciente valorización de los paisajes naturales, de la vida bucólica y de las actividades culturales; y hasta de otros atractivos menos sanos, como el juego y el sexo ilícito, que han dado estímulo al desarrollo de la industria “sin chimeneas”. El campo, el bosque, el aire puro, la brisa marina, los museos, la buena música y el exotismo de culturas tradicionales, adquieren valor económico ante la saturación y hastío de la vida cotidiana.

El caso de México resulta sintomático y ejemplar. La actividad turística ocupa un lugar preponderante en la economía mexicana, junto con los ingresos provenientes del petróleo y de las remesas de los emigrantes. Ciudades como Nueva York, París, Londres, Madrid, Roma, Florencia, Venecia y Milán se han convertido en atractivos turísticos por su belleza monumental y por su oferta cultural. Países de culturas enigmáticas y de maravillosos vestigios históricos como China, India, Egipto, Marruecos y Turquía atraen al turismo. México conjuga todos esos atractivos: sus miles de kilómetros de costas y playas; su diversidad geográfica, climática y ecológica; su herencia indígena, el patrimonio histórico de sus culturas prehispánicas y de sus ciudades coloniales. Todo ello convierte a nuestro país en uno de los grandes destinos turísticos del mundo.

Empero, los efectos del cambio climático hoy en día amenazan la sustentabilidad de la industria turística, muy particularmente al turismo de playa que, al igual que el de los pequeños estados insulares y del istmo centroamericano, son azotados por los cada vez más frecuentes fenómenos meteorológicos de alta intensidad, poniendo en riesgo las inversiones del sector y la seguridad de las personas que, ya sea como turistas o como empleados, viven en esos lugares de recreación.

No resulta fácil aceptar que hayamos construido tales niveles de inseguridad ambiental, y buscamos calmar la angustia que nos produce afirmando que toda crisis abre nuevas posibilidades. Ciertamente el deshielo de los cascos polares está abriendo nuevas oportunidades al turismo naviero que ahora podrá cruzar el polo norte y disfrutar de cerca sus helados paisajes y sus enormes bloques de hielo a través de cruceros de lujo y de aventura. Pero esa oportunidad no podrá disminuir los impactos de esos deshielos en la pérdida del hábitat y la fauna de esos ecosistemas; menos aun para la población mundial que sufrirá las consecuencias de la elevación de los niveles del mar o de los fenómenos hidro-meteorológicos asociados al cambio climático.

El autor, economista, sociólogo y profesor en la Universidad Nacional Autónoma de México, es coordinador de la Red de Formación Ambiental para América Latina y el Caribe del Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente (Pnuma) y miembro del consejo editor de la revista *Ambientales*. El presente documento constituye su intervención en el “VII Congreso Internacional de Turismo: Turismo sustentable: estrategia para el desarrollo”, celebrado en Ciudad de México en octubre de 2007.

La empresa turística enfrenta la paradoja de construirse alterando el entorno ecológico y afectando los valores ambientales que la sustentan. La propia economía debe responder a la contradicción de impulsar un proceso de crecimiento basado en la sobreexplotación de la naturaleza, socavando sus bases de sustentabilidad al destruir los complejos y frágiles equilibrios ecológicos de los que depende la conservación de los ecosistemas, la productividad de la naturaleza, la propia economía y la vida misma. Como Saturno erigiéndose sobre pies de barro y alimentándose de su prole, el sistema económico globalizado intenta salir a flote de su titánico naufragio como aquel personaje de las *Aventuras del Barón de Munchausen* que, al verse hundirse en el pantano, intenta salvarse jalándose de sus propios cabellos.



Ostional, Costa Rica

Eddy Roias

El crecimiento por el crecimiento ha acelerado una carrera irrefrenable hacia un abismo insalvable. Ello requiere una reflexión seria y responsable sobre las causas profundas de la crisis ambiental y el cambio climático, que reorienta las acciones hacia la construcción de un futuro sustentable. No se trata simplemente de disminuir los ritmos de destrucción de la naturaleza (las tasas de deforestación, las emisiones de gases de efecto invernadero), de adaptarnos a un cambio climático ineluctable, sino de contener y revertir tendencias al tiempo que se construye un nuevo orden económico mundial, una nueva racionalidad productiva y un nuevo pacto social, que sean ambientalmente sustentables.

Hoy, en la era de la globalización, el cambio climático está distribuyendo los riesgos y los costos ambientales en todo el orbe, en todas las latitudes y en todos los países. Sin embargo, el calentamiento global impacta de manera más severa a las poblaciones más pobres y a los territorios y los ecosistemas más vulnerables.

Si bien la conciencia sobre los costos ambientales del crecimiento económico empezó a surgir en los años sesenta del siglo pasado y se expandió con la Conferencia Mundial sobre Medio Ambiente Humano celebrada en Estocolmo en 1972, el problema siguió siendo soslayado y minimizados sus riesgos. Solo ahora empezamos a aceptar que la degradación ambiental es antropogénica (proviene de la racionalidad del orden económico y social imperante) y no se debe a causas naturales.

El calentamiento global es provocado por las crecientes emisiones de gases de efecto invernadero que atrapan las radiaciones solares e impiden que se disipen hacia afuera de la atmósfera. Esas emisiones son producidas por la industria, por la extracción, transformación y consumo de los recursos fósiles, así como de la deforestación, la quema de bosques, la expansión de la frontera agrícola y ganadera, los procesos de urbanización y el cambio de uso del suelo. Los gases de efecto invernadero han modificado el balance atmosférico entre carbono y oxígeno, de los

cuales depende el equilibrio ecológico y la reproducción de la vida misma. Los recursos fósiles que se formaron en el subsuelo del planeta durante millones de años por la transformación de los organismos vivos y sus moléculas de carbono, han sido extraídos y transformados en tres siglos de desarrollo industrial. El metabolismo de la producción industrial y de un creciente consumo ha destruido el metabolismo de la naturaleza. La concentración de gases de efecto invernadero en la atmósfera se mantuvo durante millones de años de evolución de la vida por debajo de 280 ppm hasta antes de la revolución industrial. Actualmente, los niveles de CO₂ en la atmósfera equivalen a 430 ppm y se prevé que estos seguirán incrementándose al menos hasta el año 2050. Las previsiones más optimistas calculan que éstas podrían equilibrarse entre 450 y 550 ppm si se toman medidas a tiempo, en la escala necesaria y en la dirección correcta. De rebasarse este umbral, los pronósticos son catastróficos. Aun en el mejor de los casos el mundo tendrá que prepararse para los impactos socio-ambientales del cambio climático que se intensificarán en los años venideros.

Al calentamiento global generado por la concentración de gases de efecto invernadero se añade el hecho de que el proceso económico mismo, que se alimenta de y transforma materia y energía en volúmenes crecientes, genera calor por efecto de la segunda ley de la termodinámica. La muerte entrópica del planeta no responde a una ley universal, sino al dominio de la economía sobre la naturaleza.

Ante esa contundente realidad, no es extraño que la comunidad mundial empiece a preocuparse por el cambio climático. La estabilidad económica y social se ve amenazada, no tanto por los cambios revolucionarios, sino por la descomposición social, la inseguridad, el terrorismo y el crimen organizado; por la guerra de las culturas y la narcotización de la economía y la política. Junto a ello, hoy descubrimos que el mundo está asechado por la revancha ciega de la naturaleza, herida de muerte por el desprecio de la humanidad.

El cambio climático se cierne sobre el mundo como las 10 plagas y la peor de las pestes en un mundo secularizado en el cual no habrá un dios que venga a su auxilio. Lo que resulta paradójico no es la impotencia del ciudadano común que se pregunta qué puede hacer ante la magnitud del problema, sino la irresponsabilidad de grupos de poder económico y político y, también, de grupos sociales y personas que siguen pensando: “después de mí, el diluvio”.

Hace apenas unas semanas, previo a la entrada de los últimos huracanes por costas mexicanas, los diarios recogieron comentarios de empresarios turísticos que declaraban que su función era traer inversiones al país, proveer empleos, generar desarrollo económico. Los problemas ambientales y el cambio climático no eran temas de su competencia y de su responsabilidad. Así pensaron también quienes al artificializar los ecosistemas del sur de los Estados Unidos en la costa del golfo de México, abrieron el camino a la devastadora presencia de *Katrina* en Nueva Orleans. Así piensan quienes han reaccionado ante la *Ley de vida silvestre*, con la que se busca proteger los humedales y otros ecosistemas del país, reclamando su derecho al desarrollo urbano y turístico de las costas mexicanas.

Sin embargo, empieza a haber respuestas más comprometidas y responsables ante el cambio climático. Recientemente, *The New York Times* anunciaba que el Vaticano sería el primer estado que logre balancear sus emisiones de gases de efecto invernadero. En 15 hectáreas de tierras degradadas en las márgenes del río Tisza, en Hungría, donadas por la empresa Klimafa para ser restauradas y reforestadas, se pretende capturar una cantidad de bióxido de carbono equivalente a las emisiones del Vaticano. Un oficial del Consejo para la Cultura consideraba así que los cardenales y obispos podrían optar entre ahorrar en el consumo de energía y restringir el uso del transporte privado o hacer “penitencia ecológica” plantando bosques que absorban sus emisiones de gases de efecto invernadero.

Este tipo de respuestas ante la deuda ecológica contraída por la sobreexplotación de la naturaleza la vienen practicando igualmente los países desarrollados que no logran limitar su huella ecológica a la extensión de su territorio, empleando para ello los instrumentos compensatorios establecidos por el *mecanismo de desarrollo limpio* y las transacciones de bonos de carbono del Protocolo de Kioto. A través de ellos se promueve proyectos y programas de conservación de la biodiversidad, de restauración ecológica y de reforestación principalmente en los países en transición y en vías de desarrollo, para absorber las emisiones excedentarias de los países ricos.

Por su parte, el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (Pnuma) lanzó este año la campaña “Plantemos el planeta”, con el fin de promover la plantación de un billón de árboles. Tan solo el Gobierno de México se ha comprometido a cubrir una cuarta parte de este propósito mundial (la mayor oferta hasta ahora en esta cruzada de reforestación), con lo cual no solo se pretende compensar las pérdidas de cubierta vegetal por deforestación sino revertirla durante este sexenio.

Todas estas respuestas son loables al asumir su responsabilidad frente al cambio climático, incluso ante la reticencia de los mayores contribuyentes de emisiones de gases de efecto invernadero como Estados Unidos y China. De esta manera, se busca “secuestrar” el exceso de emisiones de bióxido de carbono mediante una mayor masa forestal que las absorba, restituyendo los equilibrios atmosféricos entre estos gases y el oxígeno que producen los árboles y las plantas, disolviendo el efecto invernadero que calienta al planeta. Sin embargo, subsiste la duda y la

inquietud sobre la efectividad de los mecanismos compensatorios basados en la reforestación del planeta. No solo se cuestiona que esta estrategia mantenga los privilegios de los países, industrias, corporaciones y grupos sociales mayormente contaminantes, sino que también se cuestiona la pertinencia de incrementar las masas forestales ante los riesgos de incendios que estarían lanzando a la atmósfera mayores cantidades de bióxido de carbono.

Y es que el cuestionamiento al incremento de los bosques en el planeta no deja de ser argumentable ante la creciente vulnerabilidad causada por el mismo cambio climático, pues un incendio forestal puede, en cuestión de días, hacer cenizas los esfuerzos e inversiones de años en reforestación. Así, en los pasados dos meses, el incremento de la vulnerabilidad climática de Paraguay, ocasionada por meses de sequía, hizo que el uso del fuego para el cultivo de las tierras causara incendios que arrasaron y afectaron casi un millón de hectáreas de bosques, selvas y cultivos, arrojando a la atmósfera toneladas de bióxido de carbono.

Ante las dificultades de implementar políticas y acciones ante el cambio climático con un control efectivo de los incendios forestales, toman fuerza las propuestas orientadas hacia soluciones tecnológicas que permitan reducir las emisiones desde la fuente con medidas y tecnologías de ahorro de energía. Junto con ello se diseñan estrategias para incrementar las fuentes de energías limpias y renovables dentro de la oferta energética global, buscando transitar hacia formas más conservacionistas del uso de la energía. En esta reconversión ecológica de la economía se promueve la controvertida producción de agro-bio-combustibles para sustituir una parte del consumo de hidrocarburos. Los autos híbridos se plantean como una panacea para la reconversión ecológica del transporte.



Guaymas, México

María de Lourdes Alonso

Ciertamente, la tecnología produce maravillas, pero lo que no puede hacer es desmaterializar la producción y revertir la degradación entrópica que genera el creciente consumo de una población en aumento, insuflada por una economía llevada por una manía de crecimiento sostenido pero insustentable. Hoy queremos revestirnos de verde y ecológico todo. Pero no todo lo que brilla es oro, ni todo lo verde es ecológico. El socialismo del siglo XXI no podrá construirse sobre la explotación de los recursos fósiles del planeta, así como tampoco podrá sobrevivir el capitalismo a los impactos generados por el calentamiento global. Ya no es permisible, por un principio de supervivencia humana y una ética de la vida, continuar negando el calentamiento global y seguir acelerando el paso hacia una catástrofe ecológica de escala planetaria. La economía global no puede seguir socavando sus bases de sustentabilidad. El sector turístico no podrá sobrevivir a los crecientes riesgos y vulnerabilidad del entorno donde

construye su infraestructura de servicios. La cirrosis hepática no podrá curarse con dosis crecientes de alcohol.

Si bien la empresa turística no puede por sí sola revertir el calentamiento global, sí debe internalizar los costos ambientales que genera y la huella ecológica que imprime al planeta. El turismo gasta enormes cantidades de energía (en transporte de sus huéspedes, en electricidad, en aire acondicionado, en agua), al tiempo que interfiere los procesos ecológicos y contamina su entorno ambiental. Los megaproyectos turísticos que destruyen las barreras naturales y los mecanismos ecológicos de protección de su entorno no son sustentables.

La industria turística debe por ello ecolozarse reduciendo sus gastos energéticos, reciclando y confinando sus desechos, tratando el agua que usa. No puede seguir contaminando y desvalorizando su atractivo turístico fundado en la calidad de su ambiente, las playas y mares donde se localiza, sus entornos ecológicos, urbanos y culturales. Al mismo tiempo, debe conservar las barreras protectoras naturales (como manglares) y construir nuevas infraestructuras de protección civil y sistemas de alerta para prevenir y amortiguar los impactos de los fenómenos meteorológicos que muy probablemente seguirán acentuándose en los años venideros. El turismo de naturaleza no debiera seguir artificializando la naturaleza, con megaproyectos turísticos y macrocentros comerciales de playa. Si Acapulco no es ejemplo de un turismo sustentable al haber contaminado su bahía y sus playas, Cancún puede llegar a ser un paradigma de insustentabilidad por su localización geográfica y su vulnerabilidad ecológica. Hoy en día todo proyecto turístico debiera incluir una evaluación de impacto ambiental en sentido amplio, y su funcionamiento debiera ir acompañado de una auditoría ambiental. Y esto no podrá hacerlo la empresa turística por sí sola. Los destinos turísticos generan una industria inmobiliaria y una infraestructura urbana asociada en la construcción de ciudades turísticas, que requieren la participación de las autoridades ambientales federales y locales para regular y hacer cumplir las normas ambientales y de ordenamiento ecológico territorial, para lograr un programa integral de desarrollo turístico sustentable.

La industria turística, justamente por ser una actividad económica basada en la capacidad de consumo de las elites y de las clases más acomodadas, tiene la posibilidad de internalizar sus costos ambientales y la huella ecológica que genera. Junto con las empresas aéreas y navieras, está en condiciones de calcular las emisiones que genera el transporte de personas y bienes y la energía gastada en la operación y mantenimiento de sus servicios hoteleros, para así cargarlos al consumidor mediante un impuesto ecológico (como los impuestos federales y locales que se pagan en los servicios de hotelería), dedicando esos ingresos a proyectos de reforestación, restauración ecológica y protección ambiental.

La única manera efectiva de controlar el cambio climático generado por la degradación entrópica del planeta, de recuperar el equilibrio ecológico y el balance atmosférico entre oxígeno y bióxido de carbono, es intensificando los procesos neguentrópicos, es decir, el proceso fotosintético generador de vida y productor de oxígeno, así como el uso de fuentes de energía naturales y renovables. La industria turística, sobre todo la hotelería de playa, debe reconvertir su abastecimiento y uso de energías fósiles hacia el uso de la energía solar y otras energías renovables.

El turismo puede seguir siendo un sector económico de punta y receptor de divisas, captando los excedentes del ocio de los países ricos, generando empleos y distribuyendo riqueza en el país receptor, valorizando los territorios, las costas, los climas más dulces y las ricas culturas de los países tropicales. Pero el turismo nacional no debe ser una industria de enclaves para el disfrute del visitante extranjero, donde la población local solo accede a ellos como empleados del negocio turístico, donde dominan las lenguas extranjeras sobre el idioma nacional. La empresa turística debe explorar otras posibilidades, atrayendo medianos y pequeños capitales, en emprendimientos de menor escala y mejor integrados al entorno ecológico y cultural, asociando el turismo a otras actividades productivas.

El ecoturismo abre oportunidades para revalorizar el patrimonio arqueológico, monumental y cultural de los países. Si bien la hotelería de castillos, palacios, monumentos civiles y viejas casonas está orientada al consumo de una elite –como los paradores españoles, las pousadas portuguesas, los cantones de *charme*–, bien puede contribuir a generar una industria más sustentable. Ejemplo de ello sería la restauración de haciendas y estancias que cuentan con un entorno de tierras muchas veces ociosas. Estos terrenos bien pudieran ser puestos en uso bajo programas de producción agroforestal y agroecológica, integrados a los servicios de hotelería. Además de su belleza paisajística para recorridos a pie y a caballo, o de ocasionales paseos por sus lagos, podrían producir granjas animales, huertos y piscicultura que abastecieran una buena parte de su oferta gastronómica, recuperando la cocina tradicional del lugar. Con ello se reducirían los costos económicos y ambientales generados por la importación de carnes, aves, frutas, legumbres, especias y otros ingredientes, en cuyo transporte se consume hidrocarburos que contribuyen a la huella ecológica de la empresa turística y de restauración. Pero hay algo más: estas actividades productivas, que dan un valor agregado al servicio culinario de estas empresas turísticas, constituyen a su vez procesos que ayudan a controlar el cambio climático al absorber bióxido de carbono. Al mismo tiempo que generan mayores empleos, pueden diversificar la oferta de actividades recreativas y educativas para los huéspedes en tareas de siembra, recolecta, caza y pesca.

Al mismo tiempo habrá que impulsar un ecoturismo más modesto y sustentable, que integre las actividades

turísticas a las actividades productivas en armonía con su entorno ecológico y con respeto a las culturas de los territorios en que se desarrollen. Un ejemplo paradigmático y controvertido en nuestros días es la promoción del turismo en zonas ricas en patrimonio cultural, localizadas en los ecosistemas complejos de los trópicos. De esta manera, las zonas en las que se despliegan programas de conservación de la biodiversidad dentro del Corredor Biológico Mesoamericano aparecen como importantes atractivos para el desarrollo turístico. Pero los ecosistemas de esos territorios biodiversos son extremadamente frágiles y vulnerables. Por ello resulta cuestionable construir megainfraestructuras turísticas, incluyendo la apertura de amplias y modernas carreteras, que vendrían a cortar e interrumpir la continuidad y conexiones de los ecosistemas. Al igual que la conservación de las áreas protegidas requiere de un control de acceso de las personas que la visitan, igualmente el ecoturismo en estos territorios debe regular el tránsito de vehículos y el flujo turístico para preservar sus riquezas arqueológicas y culturales. Nada sería más aberrante que construir megaproyectos hoteleros y comerciales dentro de zonas de patrimonio histórico y cultural como Chichén-Itza, Palenque, Tajín, Tikal y Copán, en la zona maya ubicada en dicho Corredor, como lo sería hacerlo en las pirámides y los centros ceremoniales de Egipto, en los templos helénicos de Sicilia, en la antigua ciudad de Petra en Jordania o dentro de La Capadocia en Turquía.



Belice

Olivier Chassot

El auge turístico no debería violentar las tradiciones culturales de los pueblos que habitan estas zonas. Ello requiere una promoción éticamente cuidadosa y prudente para conservar el patrimonio histórico y cultural junto con las bellezas escénicas. El turismo debe dignificar a las poblaciones que los recibe. Ni un turismo-boutique ni un turismo de la pobreza. El turismo debe incorporarse a procesos integrales de desarrollo sustentable de los pueblos fundados en la preservación de sus riquezas naturales y sus tradiciones culturales.

La industria turística deberá así, junto con todos los sectores económicos y sociales, asumir su responsabilidad histórica ante los retos de la sustentabilidad. Ello implicará ajustes económicos, restricciones normativas y un campo abierto a la innovación. También ofrece nuevos nichos de oportunidad para enriquecer y diversificar la oferta turística en armonía con los ecosistemas y las culturas donde se desarrolla. Para ello, será necesario valorizar debidamente el patrimonio ecológico e histórico, antes que simplemente mercantilizar la naturaleza y la cultura. El turismo debe estar al servicio del enriquecimiento económico, ambiental y cultural del país receptor, y no al revés. De esta manera, la industria turística estará contribuyendo a la construcción de un mundo más sustentable, equitativo y justo.

